

cilampa 12

EL TIEMPO Y EL QUIJOTE

Pierre Vilar

Profundamente universal y, a la vez, totalmente española: la crisis del poder y la conciencia española del período comprendido entre 1598 y 1620.

Este es el problema que desencadena la reflexión del historiador catalán Pierre Vilar, quien analiza exhaustivamente, con profusión de números, fechas y datos, en un artículo no muy reciente desde el punto de vista histórico pero que guarda su vigencia para los estudiosos del Quijote. Este trabajo de Vilar, publicado originalmente en francés, en 1956, discute a fondo las condiciones históricas de la sociedad española en el momento de la publicación de esta obra.

Si bien las fechas de algunos aconte-

tecimientos que marcan la crisis son posteriores a 1620, dice Vilar, (el hundimiento de la moneda castellana es de 1625, la unidad ibérica se quiebra en 1640 y la "famosa infantería" en 1643), ya en 1600 hay documentos que hablan de una "República caída". Precisamente en este año hay en España una rápida alza de los precios, que afecta sobre todo a los productores, dice Vilar. El hambre que produce esta alza se junta a la peste que sufren entre 1599 y 1601 "ciudades superpobladas y agrava la ya golpeada economía castellana.

La plata que llega procedente de América, cada vez a un mayor precio, habitúa a la clase alta a costosas costumbres sun-tuarias y al Estado, a grandes gastos. A la inflación que produce este sistema, agrega en 1609 la expulsión de los moriscos que, según el historiador, se convierten en "la víctima propiciatoria de época de crisis" (p. 20). Además, es entre 1605 y 1615 que se sitúa la fase aguda del bandolerismo catalán, que domina grandes territorios.

De este naufragio de un mundo y sus valores surge su interpretación que es Don Quijote. La crisis española anuncia, agregar, la crisis general que sacudirá a la sociedad europea en el siglo XVII. Es así el final de un modo de vida feudal que, paradójicamente, los conquistadores españoles hicieron sobrevivir el país. Precisamente en esa original dialéctica del imperialismo español radica, concluye el historiador, el secreto de la obra.

Fernando el Católico instauró el Estado moderno y mercantilista encabezó uno de los imperialismos más poderosos

que han existido (pp.22-23). De la conquista y el consecuente mercado mundial nace una nueva sociedad. Y, sin embargo, el español fue un imperio que cayó aún más rápido que al ascender. En esa crisis general, apunta Vilar, se conjugaron "una impotencia política, una incapacidad productiva y una putrefacción social" (p.23). Las clases que dirigen la conquista de América no "invierten" en el sentido capitalista sino que llevan a cabo el proceso al modo feudal, así como hicieron la Reconquista hispana. Por esto, dice el historiador, hay una baja producción que favorece parasitismo y mueve constantemente precios y salarios, es decir, la crisis de la economía.

Desde el punto de vista político, el imperialismo español (que, además de América, comprendía territorios europeos en Italia, los Países Bajos, Austria, Hungría y el norte de lo que es hoy Yugoslavia), acaba internamente con el propio sistema feudal del cual es etapa suprema y sin que exista nada para reemplazarlo (p.24).

Vilar analiza un documento de un arbitrista-teólogo español de 1600, Martín González de Cellorigo con el fin de mostrar que en la época existía conciencia entre algunos intelectuales acerca de la crisis de la sociedad y sus alcances. Cellorigo escribe: "No parece sino que se han querido reducir estos reynos a una república de hombres que vivan fuera del orden natural" (cit. por Vilar, p.25), anticipando, interpreta el historiador, la figura que Cervantes immortalizará cinco años después.

En la última sección de su trabajo,

Vilar trata de explicar la desvinculación de la realidad o irrealismo, característica de España, y que finalmente la condujo a esa crisis total. Antítesis de la sociedad puritana, la española se opone al ahorro y la inversión. En palabras de Vilar, el rico español, a la manera antigua, "come, se hace servir, invita, da, roba, se deja robar" (p. 26).

En esta sociedad, hay una "hiperproducción" literaria y una gran cantidad de juristas, arbitristas, teóricos y teólogos: al lado de Góngora y Lope de Vega, se escribe picaresca, novelas bucólicas y aventuras caballerescas, literatura barata que la masa lectora consume ávidamente. "Desvinculada de la realidad", dice Vilar, "la España de 1600 prefiere soñar" (p. 28).

Frente a esta sociedad gastada y contradictoria, surge una obra maestra que "fija en imágenes el contraste trágico-cómico entre las superestructuras míticas y la realidad de la relaciones humanas..." y que, más que pintar el mundo, desmonta sus mecanismos. La dimensión de la crisis es, pues, directamente proporcional a la calidad de la interpretación que ofrece Cervantes el Quijote, concluye Vilar, quien sólo encuentra parangón en Charlie Chaplin y la crisis de 1929 en Estados Unidos.

Margarita Rojas G.